

ramos como un axioma esta verdad, y sin aducir argumento alguno para demostrarla, acudiremos a lo que nos dice el corazón iluminado por la razón natural y por la tradición.

En efecto; el corazón pide que en el conjunto admirable de seres, que constituyen el universo, se dé la primacía al más perfecto. Igualmente nos dicta la razón, que, cuando Dios se propone un fin, ha de emplear el medio más adecuado y seguro para alcanzarlo. Y, pues, Dios ha creado para hacerse amar, debía, desde luego y ante todo, elegirse un corazón cuyo amor fuese digno de Sí; un corazón que no pudiese jamás separarse de El; esto parece que lo exige la razón.

El corazón y la razón a una, piden que Jesucristo, objeto de la voluntad divina antes que todas las cosas, sea el centro y el fin de la creación.

Pero esto no obstante, como los juicios de Dios son *incomprensibles y sus vías investigables* (Rom., XI. 33.), la inteligencia infinita puede tener razones que traspasen, sin esfuerzo, los estrechos horizontes de las conveniencias creadas. A ella sola pertenecen los motivos de sus operaciones. Si ha juzgado conveniente revelárnoslos nuestro deber es adorarlos y aceptarlos con reconocimiento.

Oigamos, pues, a la tradición, eco fidelísimo de la palabra divina. La tradición ve en Cristo el fundamento de la creación. «Cuando se trata de edificar un palacio, dice S. Cirilo de Alejandría, el arquitecto, para preservarse de cualquier accidente que pudiera sobrevenir en semejantes casos, comienza por abrir hondos cimientos; para a su trabajo una base incommovible, y de esta suerte, si algún vicio de ejecución hace defectuosa la primera fábrica, podrá levantar un segundo palacio sobre las bases primitivas perfectamente consolidadas y firmes. De este modo ha obrado el Creador del universo al establecer a Cristo como fundamento de nuestra salud eterna; nosotros hemos podido ser reedificados sobre el mismo fundamento, Jesucristo. Así, pues, en los consejos divinos y según el plan del Padre, Cristo ha sido puesto por fundamento antes de todos los siglos; la obra se ha ejecutado en su tiempo; y por exigirlo imperiosamente la necesidad, hemos sido restaurados en Cristo al realizarse su aparición sobre la tierra, nosotros que teníamos, desde toda la eternidad, a Cristo por fundamento de nuestra salud.»

La tradición nos muestra en Jesucristo el modelo de Adán. «Recojámosnos, dice Tertuliano, sigamos con la mirada de nuestra alma los movimientos de la mano de Dios, su pensamiento, su consejo, su providencia y sobre todo su amor; contemplemos a Dios absorto por completo en cada uno de los rasgos y líneas de la forma humana. El limo de la tierra bajo la mano de Dios, si así puede decirse, está bastante honrado con su contacto. Un mandato había bastado para sacar de la nada a las criaturas destinadas al servicio del hombre. Como siervas que eran acudían a la voz y a cumplimentar las órdenes; pero para que el hombre, su futuro señor, tuviese derecho a reinar sobre ellas, debía ser formado por la mano de Dios: tan grande era esa obra que iba a salir del limo de la tierra; cada trazo, cada línea del divino artista que aparecía en aquella vil materia traía a la memoria la imagen de Cristo que había un día de nacer hombre.»